

Sociedades vigiladas, sociedades controladas

Graciela Jaimez
Universidad Nacional de Tucumán
Argentina

Trasformaciones, mutaciones y perspectivas sobre la modernidad

Autores representativos de la modernidad refieren a la variación, a la mudanza y al cambio de escena que se produjo en el mundo con el advenimiento del siglo XXI. Una nueva lógica asociada a la vertiginosidad, a lo efímero de la existencia, a la fluidez de los contenidos y de los lazos entre los hombres es señalada por el sociólogo polaco Zygmund Bauman (1925- 2016) quien en su obra expresa que se trata de una modernidad “líquida”.

Gerard Wajcman en su libro titulado *El ojo absoluto* desarrolla la idea de lo híper y en ese sentido plantea que “la hipermodernidad es la instauración de una civilización de la mirada” (Wajcman, 2011:19) y, de inicio, afirma que operó una mutación en la historia de los hombres que alcanza el cuerpo, el ser y la relación con el mundo. Acerca de la ideología de lo hipervisible expresa que “el mundo se encamina hacia la transparencia” (Wajcman, 2011: 21) con una mirada que ya no está oculta sino descubierta y en todos lados; ahora, el ojo absoluto vigila también a los inocentes.

La “liquidez”, lo “híper visible” son metáforas con las que los autores citados refieren a las particulares transformaciones observadas en los fundamentos de las épocas y que, en una vuelta de tuerca, nos permitan reflexionar acerca de que las transformaciones no fueron inusuales a lo largo de la historia de los hombres y de las sociedades.

En *Vigilar y castigar* (1975) Foucault señala la redistribución de las notaciones de la época para dar cuenta de la transformación de la sociedad punitiva a la disciplinaria. Lo ejemplifica a través de lo que sucedió en la práctica del suplicio penal, cuando con el advenimiento del poder disciplinario, el castigo del cuerpo y el dolor del inculpado dejaron de ser los objetivos últimos de la acción punitiva.

En adelante, el sufrimiento impuesto por el poder punitivo de 1957 al condenado, el paradigmático “Damien”, será desterrado a las sombras de la ilegalidad, quedando oculto a los ojos del público. Para Foucault, la confección de los códigos modernos produjo una redistribución de la economía del castigo que “ha pasado del arte de las sensaciones insoportables a una economía de los derechos suspendidos.” (Foucault, 1975:20). Entre las consecuencias de la mutación de los poderes de la época que señala Foucault, remarca que el cuerpo “Ha desaparecido como blanco mayor de la represión penal”. (Foucault, 1975: 158).

Con el fin de anular el dolor los ceremoniales de la pena de las prácticas penales se redujeron a actos de procedimiento, de administración, se circunscribieron a un lenguaje burocrático. Entre una y otra época cambió el estatuto del cuerpo para la penalidad, cuerpo que “queda prendido como en un sistema de coacción y de privación, de obligaciones y de prohibiciones.” (Foucault, 1975:20).

A partir de aquí los cuerpos serán sometidos a la corrección y al encierro que caracterizan a los procesos carcelarios, a la inspección y al control de los procesos jurídicos. Las transformaciones de la segunda mitad del siglo XVIII implicaron que las disciplinas tomaron al cuerpo como objeto y blanco de poder (Foucault, 1975: 158) y, entonces no alcanzaron sólo al campo de la penalidad.

El nuevo tipo de poder trata de alcanzar, de inducir, de provocar en los cuerpos la docilidad. Un cuerpo dócil es “un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado.” (Foucault, 1975: 159).

Foucault ejemplifica qué pasó en el campo militar con el cuerpo de los soldados. A comienzos del siglo XVII el cuerpo los anunciaba y los hacía reconocibles incluso, a lo lejos. La “retórica corporal del honor” era el lenguaje, el sistema de significaciones que identificaba a los hombres aptos para el oficio. Las actitudes corporales, los gestos, la marcha, el movimiento eran los signos de un ritmo, de un idioma “natural”, que con la mutación del régimen de dominación, cederá el lugar a la educación militar como la encargada del moldeado del cuerpo castrense.

Las técnicas disciplinarias domesticaron y sometieron a los cuerpos a los ejercicios repetitivos, los educaron en los hábitos y en el control de las actividades, incluyéndolos en una organización de tiempo, lineal y progresivo, que les garantizara un trayecto de progreso donde ejercitar la observación y la vigilancia, la calificación y el examen de la autoridad. Con coacciones sutiles y calculadas, las disciplinas influyeron en los comportamientos con la finalidad de multiplicar las fuerzas productivas, para que los cuerpos fueran útiles y estuvieran disponibles a las necesidades económicas reinantes.

En consecuencia, para Foucault, las funciones y los fines del poder dominante variaron obedeciendo a intereses político- económicos más que a razones humanísticas. Para Foucault, el poder tiene que ver con las estrategias y a las técnicas implementadas para responder a las exigencias de la producción, para remover los obstáculos, las resistencias y las contraofensivas a sus implantaciones, implica a las estrategias adoptadas para que decrezcan los inconvenientes. Las cárceles, los cuarteles, los internados, los conventos, las fábricas, es decir, los grandes encierros disciplinarios buscan manejar las aglomeraciones, las revueltas, la vagancia y las deserciones. Con un lenguaje analógico en el arte de la distribución de los individuos, dibujan un espacio analítico, provocan clausuras con el objetivo práctico de que decrezcan los obstáculos. Los procedimientos de poder disciplinario construyen celdas, cuadros, rangos, espacios para distribuir, inspeccionar y vigilar a los individuos. El ejercicio de la observación, mediante el tabicamiento del espacio, asegura llegar al individuo, incluso cuando se trata de multiplicidades, para controlar el desorden y la confusión de las multitudes haciendo eficaz al poder en la multiplicidad, haciendo que actúe como si se dirigiese a uno solo.

La vigilancia panóptica y el poder “omnicomtemplativo”: ver es un arma del poder

Hacer ver, dividir el espacio, fueron algunas de las acciones prácticas por las cuales la vigilancia extendió su dominio para alcanzar el orden y el máximo de la utilidad posible, el máximo de la producción.

Foucault se refirió constantemente a “El panóptico”, la obra editada a finales del siglo XVIII, de autoría del jurista inglés Jeremy Bentham (1748-1832) ya que concibe que Bentham es quien mejor describe las formas del poder de las sociedades cuando plantea a la vigilancia relacionada a la población tomada como un blanco de las relaciones de dominación.

En “El ojo del poder”, Foucault expresa que, si bien el jurista concede importancia a las técnicas de poder en general, plantea a la vigilancia como una tecnología específica del mismo para resolver los problemas de la acumulación de las personas. Esto lo convierte en alguien del interés de Foucault, quien consideró que el poder busca moldear los comportamientos mediante ciertos medios, que trata de influir sobre ellos, de conducirlos, sin ejercer la fuerza física, para que se comporten de un modo particular. Y, el “invento” de Bentham hizo que esto fuera posible, ya que en la práctica, el modelo panóptico respondió a problemas acuciantes de un modo sencillo y económico.

El modelo estaba presente en los proyectos arquitectónicos que examinó Foucault. En la penalidad, fue una referencia capital en los proyectos de las instituciones punitivas de principios del siglo XIX que eran un problema que estaba a la orden del día, eran una escuela del vicio y del crimen, lugares desprovistos de higiene, lugares que llevan a la muerte.

En la arquitectura médica y hospitalaria fue un ejemplo de la organización de la observación y del espacio para combatir a una enfermedad como la lepra. Así, concluye Foucault, Bentham contribuyó con la idea técnica para el ejercicio de un poder “omnicomtemplativo”.

El panóptico es la fórmula de un “poder por transparencia” y los efectos de sometimiento provienen de la “proyección de claridad” en un espacio donde es posible la visibilidad de los cuerpos y de las cosas organizadas alrededor de la mirada central y dominante que, sin embargo, no se ejerce unilateralmente. ¿Cómo es el control panóptico? De todos y de cada uno sobre los demás. Consecuentemente, la perfección de la vigilancia, es para Foucault, la suma de las insidias. El panóptico es un aparato de desconfianza total.

Lo planteado hasta aquí es la base para plantear algunos interrogantes:

¿No será acaso el pretendido poder absoluto, una utopía? ¿Los cuerpos que capturaba no opusieron resistencias o estrategias de subversión?; los reclusos, ¿tenían conciencia de la coacción y del sometimiento del sistema de la vigilancia? ¿Hubo insurrecciones o dificultades para implantar la vigilancia?

La historiadora Michelle Perrot relata que una forma pasiva de resistencia a los horarios de la fábrica fue que simplemente no se iba, otra manera era que los trabajadores se negaban a habitar las ciudades obreras, y se refiere a que una de las maneras de evitar los inconvenientes es aplicarse primero con mujeres y niños que están más habituados a obedecer.

Además, si la tecnología panóptica actúa desde el exterior hasta alcanzar el interior del individuo para que se comporte de acuerdo a las normas: ¿no podría ser, entonces, que interrogando a Bentham y a su invento nos encontremos con cuestiones humanas y subjetivas cercanas a la moral, a la vergüenza y a la obediencia que sería provechoso interrogar desde el psicoanálisis?

Me refiero a cuestiones como: ¿hay un sujeto del poder panóptico?, ¿Qué sujeto supone el panóptico?, ¿Pretende un sujeto sin opacidades? ¿Un sujeto obediente, sumiso, sin deseo? Cuestiones que estoy investigando. Con respecto a la visibilidad planteada por el panóptico, que es posible afirmar que no solucionó el tema carcelario, ni delictivo: ¿es posible expresarse a favor de una visión continua y sin parpadeo? ¿Sin

que se cierre el ojo?; ¿No es acaso, como lo muestra el arte y el psicoanálisis, la observación incierta?

No obstante, los interrogantes suscitados, es preciso concluir que, para Foucault, lo característico de las sociedades que se instauran en el XIX es que el poder es una máquina sin titular, una máquina inhumana por que no se identifica con una persona, nadie ocupa el “lugar” del poder, ningún individuo, ni tiene una fuente o un origen divino, sino que son los puestos jerárquicos los que aseguran los efectos de supremacía, los elementos inferiores de la jerarquía están en una relación de sostén y de condicionamiento recíproco en lo que sería la concepción maquinica de las sociedades disciplinarias.

Estas sociedades, que en los análisis de Foucault están basadas en grandes centros de encierro, desde la perspectiva de Gilles Deleuze (1925-1995) están atravesando una crisis generalizada. En 1996 en el “Post-scriptum sobre las sociedades de control” este filósofo escribió que “Lo importante es que nos hallamos en el inicio de algo. “Algo” vinculado a la instalación progresiva y dispersa de un nuevo régimen de dominación. Las sociedades disciplinarias que Foucault ubicó en los siglos XVIII y XIX, con apogeo a principio del XX, están dejando de ser lo que eran y se asiste al paso de las sociedades disciplinarias a las sociedades de control: “Las disciplinas entraron en crisis en provecho de nuevas fuerzas que se iban produciendo lentamente, y que se precipitaron después de la segunda guerra mundial: las sociedades disciplinarias son nuestro pasado inmediato, lo que estamos dejando de ser” (Deleuze 278).

Dejando de lado, la referencia a la segunda guerra mundial que merece un tratamiento particular, voy a desarrollar la interrogación acerca del devenir del control en la transformación de dominaciones: ¿puede ser abierto y fluido? Para Deleuze el control de espacios abiertos, el control al aire libre adopta nuevas características y formas ultrarrápidas, y no cabe compararlo con el disciplinario ya que, para Deleuze, la coexistencia de nuevas libertades y de viejos mecanismos de control nada tiene que envidiar a los terribles encierros.

A favor del análisis de las liberaciones y de las sumisiones provocadas en cada uno de los regímenes; podría admitirse que, en su perspectiva, el control es un producto viejo en nuevos envases, en nuevas formas.

Acerca de las características del control en las sociedades a las que da nombre, indica que se ejerce a corto plazo y mediante una rotación rápida mientras que en las disciplinarias tenía una duración larga, infinita, discontinua. Las sociedades de control son sociedades de comunicación inmediata. Los centros de encierro conformaban variables independientes: se terminaba la escuela, empezaba el cuartel, venía la fábrica, eran “moldes”.

En las sociedades de control nunca se termina nada, la empresa o la formación son estados metaestables y coexistentes de una misma modulación por la que hay un aplazamiento ilimitado, una continua variación, porque el moldeado autodeformante cambia constantemente y a cada instante como un tamiz cuya malla varía en cada punto. Los actuales controlatorios son variables inseparables que constituyen un sistema de geometría con un lenguaje que es numérico y, no siempre binario. Como ejemplo, Deleuze describe las transformaciones producidas en las fábricas que fueron unos de los espacios disciplinarios.

En las sociedades de control, la fábrica es sustituida por la empresa que es entendida como un alma etérea. Los salarios son sometidos a modulaciones continuas, a confrontaciones y a variaciones que se corresponden con los méritos y la formación. La empresa instaura una competición constante y una consecuente rivalidad que contrapone a unos y otros, dividiéndolos interiormente.

Mientras que antes, en el poder disciplinario, la fábrica trataba con el par individuo-masa que era al mismo tiempo masificador e individuante, esto significa que formaba un cuerpo con los miembros al mismo tiempo que moldeaba la individualidad de cada uno de ellos, las sociedades disciplinarias presentaban dos polos: la marca que identificaba al individuo y el número o la matrícula que indica su posición en la masa. En el presente, ya no se trata del par individuo- masa, lo esencial son las contraseñas y

las cifras que prohíben o marcan el acceso a la información, los individuos que, para Deleuze, devinieron *dividuales*, y las masas se convirtieron en indicadores, en datos o en bancos.

Al hacer la correspondencia entre las máquinas que usan y las sociedades que las producen, Deleuze expresa que las máquinas de las sociedades del control responden no sólo a una evolución tecnológica sino a una profunda mutación del capitalismo.

El capitalismo del siglo XIX fue un capitalismo de concentración, mientras que el actual es un capitalismo de productos, de ventas, de mercados. En consecuencia, es entendible que en un capitalismo que intenta vender servicios y busca comprar acciones, el “alma” de las empresas sean los departamentos de ventas y el marketing.

En las sociedades de control se trata de individuos en fluctuaciones. El individuo del control permanece suspendido en ondulaciones continuas e interminables que los ligan, ya no entre sí, sino con respecto al consumo y al marketing.

© **Graciela Jaimez**

Bibliografía

- Bauman Zygmunt. *Modernidad líquida*. Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2002
Impreso.
- Deleuze, Gilles. *Conversaciones*. “Post-scriptum sobre las sociedades de control”
Valencia: Pretextos, 1996. Impreso
- Foucault, Michel. “El ojo del poder. Entrevista con Michel Foucault”, en Bentham,
Jeremías: *El panóptico*. Barcelona: La piqueta, 1980.
- . *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1976.
Impreso.
- Wajcman, Gérard. *El ojo absoluto*. Buenos Aires: Manantial, 2011. Impreso